

Cuenca, escuela de Esteban

Crecido en Cuenca y vivido en Madrid, Esteban arrastra en la mirada la serenidad de la pintura, del creador que ignora hacer pasillos y llena lienzos ante la soledad del caballete, repuebla cartulinas encorvado en el tablero.

Carencia de medios, y vida aprovechada han trazado su piel de gesto inteligente, perilla y pelos negros clareados de tiempo, manos calientes de quien regala ternura en lo que mira, en lo que toca.

Viste de camisa blanca, corbata y traje; pertenece a esos hombres que ni saben ni quieren dar imagen, a esos seres dignos que dicen lo que piensan, y sin oportunismo pintan. Sus cuadros son eso, una ética de la expresión, un adentrarse en la esencia de los seres, de los espacios, en la gozada del existir aún cuando sea humilde.

Tus padres nacen en Arcas, emigran a Cuenca, y más tarde a Madrid donde apareces en 1929; en el 36 llegas a Cuenca con tu madre y hermanas donde resides diez años.

R. Sí, mi padre era panadero, esos pasos significaban evolución, nuevos horizontes. Luego, en el 36 nos lleva a Cuenca buscando nuestra seguridad, y en el 37 muere, muere en unas circunstancias que hoy pueden parecer curiosas; viniendo a Madrid, cuando volvía de vernos, cayó una nevada en el camino que les incomunicó, y cogió una pulmonía y murió, a consecuencia de la nevada y falta de penicilina. Así mis primeros vagos recuerdos, y la escasa experiencia de mi padre son en Madrid, y Cuenca supone un cambio de costumbres, estoy más solo, por primera vez trato con chicos de la calle que no me aceptan por madrileño, en fin, un gran choque, pero a la vez, y sin darme cuenta, la ciudad se me iba metiendo.

Huérfano de padre a los siete años, pasas tres en el Seminario de Cuenca—cuando aún se emplazaba en Palacio—, ocho meses internado en la Escolanía de los Hermanos de San Juan de Dios en Ciempozuelos, donde tratas enfermos y locos. Has cantado de tiple, iniciado estudios de piano, currado de carpintero, peón de la construcción, en Telefónica, la Administración, de delineante; siempre pluriempleado, casado y con cinco hijos. ¿Cómo explicar y qué queda de este caos?

R. El caos es consecuencia del tiempo que me ha tocado vivir, aparte las inquietudes por el porvenir, yo no podía sentarme a la mesa con mi familia sin haber aportado algo, cuando no trabajaba sufría mucho. Eran tiempos de escasez y, aunque la gente cree que paro e inestabilidad son fenómenos del momento, ese problema siempre ha existido.

Queda una vivencia que no cambiaría por nada, me ha enseñado a respetar y amar a los demás, a sentir las penas y alegrías de los que me rodean y no me rodean, aunque a veces piense que no vale la pena molestarse por nadie, pero esos momentos pasan, y sobre todo me ha servido para valorar las cosas que la vida ofrece, por sencillas que sean.

Madrid y Cuenca.

R. En Cuenca comienza mi inquietud plástica, mi creación la marca Cuenca, siempre digo que es toda mi escuela; en primer lugar su arquitectura es el sostén de mi dibujo, y las estaciones, hoces, la textura de sus fachadas me inician en el color; Cuenca ofrece serenidad, un ancho horizonte de valores, sobre todo espirituales. Allí piso la nieve, juego solo o con mis primos en la huerta de mi abuelo en el Huécar, descubro la naturaleza andando hasta Palomera, Arcas o Chillarón, doy de comer a los cerdos en San Martín, son los primeros hallazgos e indagaciones adolescentes, mis pocos estudios, primeros trabajos.

Y Madrid ofrece un ambiente más abierto, posibilidad de todo tipo de lecturas, comprar material, visitar exposiciones; desde hace unos años hay un gran movimiento pictórico, las antológicas son muy buenas y permiten conocer las tendencias y hacer de muchos artistas: Dalí, Picasso, Modigliani, Zóbel, ahora mismo José María López Mezquita. Eso no quiere decir que lo tengas todo resuelto, también es más difícil entrar en cualquier círculo, ya que aquí convivimos los más ricos y los más pobres, pero, en fin, incluso yendo por libre se dan los medios para realizar múltiples cosas.

Tus cuadros no están colgados en museos, pero los tropezamos en restaurantes, pubs y tabernas.

R. Sí, porque al no tener acceso a los museos, y aunque lo tuviera, mi pintura no es vanguardia, es una forma de que los vea la gente. La pintu-

ra además de otras cosas es comunicación, y así pongo mi obra en contacto con el público, que muchas veces no visita exposiciones por pereza o desconocimiento, o sencillamente porque no quiere, pero sí entra a tomar una copa, unos vinos, y en algunos de estos sitios hay clientes con sensibilidad.

¿Dónde aparece un pintor?

R. Bueno un pintor no sé, yo que por circunstancias personales y sociales no he podido apenas estudiar ni viajar, que he visitado Italia por ejemplo, a los cincuenta y cuatro años, pues he leído lo que ha caído en mis manos, he visitado El Prado y todos los museos y exposiciones que he tenido oportunidad, tengo conocimientos de música, piano, me entusiasma la música gregoriana, y sobre todo patear la calle. Los sitios por donde he pasado es donde más he aprendido, los países urbanos y sus hombres, la arquitectura de la parte alta de Cuenca, y muchas zonas de Madrid, sus corralas, clara-boyas, cafés, tascas, el Madrid de los austrias, también el campo manchego, sus molinos, viñas; y sus gentes, en el campo, en el metro, parques, plazas; parados, ciegos vendiendo cupones, mujeres en el mercado y en el amor, es decir, todo conjunto o elemento arquitectónico, todo rostro y escena cotidiana que exprese algo.

Insistes en el tema urbano, pero siempre tipologías del XIX en especial, o comienzos del XX.

R. Además de que es lo que más me sugiere, resulta que muchas veces he querido volver a una calle, a unos guijarros y no los he encontrado. En las ciudades hallamos nuestras raíces, cultura, el mensaje de los que fueron, y a su vez las nuevas generaciones encontrarán el que les dejemos. El espacio urbano es el medio en que se desenvuelve el hombre, y su constitución connota las características, inquietudes, aciertos y fracasos de cada grupo de individuos de una época determinada.

Dejamos a Esteban en su entorno, ataviado ya con la ropa de faena, empapado de aguarrás y óleo, entre tubos, pinceles, espátulas, paletas, casetes, libros, apuntes, y obra expresionista. ■

Mármara
Fotos: José María